

cantaban. Mi imaginacion llena de la idea de las pampas y de los lagos de la América del Norte, enamorada de las vastas superficies de agua estancada, hallaba aquí completa satisfaccion. Hay un encanto particular, inexplicable, en toda manifestacion de la vida en que el hombre no sobreviene para turbarla. Este encanto reside en los misteriosos bosques vírgenes en los que vive un mundo de plantas y de animales desconocidos. En el rio de las Amazonas lleno de cocodrilos y cubierto de guirnaldas de bejuco; en los *fjords* de la Noruega donde reina a lo lejos un silencio de muerte; en las soledades de la Escocia solo frecuentadas por el faisán y el cuervo; en los desiertos de Africa atravesados por los avestruces y las gacelas, y en fin, en nuestros países sobre las cumbres heladas de los Alpes habitadas por el águila y la gamuza.

Prolongué la partida de hora en hora hasta la noche, sin poder saciarme de la vista del estanque y de su mundo acuático.

El jabalí fué el objeto de la segunda caza. Era una hermosa y fresca mañana: la sociedad estaba alegre y era numerosa. La nobleza de Durazzo me acompañaba con una reunion bastante considerable de gentes a pié. Habíase reclutado esta escolta entre la poblacion cristiana a la que se habia concedido permiso para portar armas por el tiempo de mi presencia. Nos dirigimos a una hermosa selva de árboles y de matorrales que, extendiéndose detrás de la ciudad a lo largo del promontorio, llega hasta el mar. Camino andando por la llanura del lago encontramos una cigüeña sumergida en profundas meditaciones a la sombra de un roble secular. Hubiérasela tomado por uno de aquellos venerables ermitaños de los antiguos tiempos. No sé qué extraño capricho me hizo tirarle. La bala silbó, el ermitaño albanés sacudió con aire grave su inclinada cabeza, dirigió una mirada tranquila y desdeñosa al perturbador de su reposo, y se retiró al santuario doméstico de sus bosques.

La selva era espesa y llena de fresco: las gotas de rocío matutino pendian aún de las ramas como resplandecientes diamantes; a través del verdor brillaba el sol naciente, y oíase cual música lejana el ruido de las olas que se estrellaban contra el promontorio. Nada hay mas encantador que la travesía de este bosque; jamás me habia sentido mas fresco y mejor dispuesto.

Cada cual tomó su puesto: el mio estaba al abrigo de un cerezo silvestre cuyos encarnados y apetitosos frutos cubrían la tierra. Cerca de mí se acurrucó un rico comerciante turco armado del largo fusil: era un elegante de Durazzo que habia hecho tambien su viaje á Constantinopla para instruirse.

Un ruido espantoso resonaba por el bosque; hubiérase dicho que Samiel en persona cazaba en aquellos lugares. Poblaciones enteras los recorrían en todos sentidos: sin embargo, solo una vez se oyó a los jabalíes salir del bosque, y aun entónces nadie tuvo la fortuna de verlos. Esta batida no nos produjo mas que el placer de pasar la mañana en los bosques y de ver un hermoso grupo de driadas.

Nos dirigiamos á la altura, cuando repentinamente en un zarzal espinoso, no eran rosas, sino verdaderos cardos, se nos apareció una alegre reunion: eran criaturas del sexo femenino que retozaban vestidas como nuestra madre Eva, ó poco les faltaba. Pero, ¿por qué casualidad el coro de Diana se divertía en los bosques oscuros de la Albania? ¡Ah! No eran las compañeras de la diosa: eran, me estremece todavía pensarlo, una horda de gitanas, negras como el diablo y feas como su abuela. Á su cabeza caminaba con paso atrevido y resuelto una especie de húsar, es decir, una vieja vestida de una ligera pieza de tela enrollada en la cintura, de cara curtida por las intemperies de las estaciones; una mujer cuyo aspecto habria dado calofrío en el infierno, cuyo vientre enorme parecia contener una camada de dragones, y cuyos pechos de una vara de largos habrian podido amamantar generaciones de reptiles. Su piel, negra como el café en polvo, parecia tomada del elefante, y su cara del camello: con tal fisonomía tenia, sin embargo, la audacia de dirigirnos una sonrisa audaz y provocativa. Su cabellera, negra como el cuervo, flotaba alrededor de su cabeza como un puñado de venenosas serpientes: un pañuelo enrollado en forma de turbante cubria la parte superior de su cráneo, y para completar el carácter monstruoso de toda su persona, llevaba una pipa turca de la que, riéndose con voz ronca, sacaba nubes de humo. En mi vida ví cosa semejante. Estando solo en un bosque, me agradaria mas encontrar no sé qué fiera que á tal reina de gitanos: esas mujeres aparentaban ocuparse en recoger frutas silvestres.

tres: tal vez era veneno el que recogian para sus operaciones de sortilegio.

Los machos de tan horrosas criaturas eran nuestros principales batidores. Llenaban sus funciones con ayuda de grandes cajas turcas que tocaban de un modo lamentable, con cuyo medio creía yo que espantaban la bestia en vez de batirla, y la prueba es que en la batida de la tarde, que tuvo lugar en una parte mas baja de la montaña, tampoco pudimos ver mas que en la mañana.

Comimos como en Rondoni al aire libre, a la sombra de un gran roble: el pavipollo y el carnero hicieron los gastos del festin, despues del cual infantes y ginetes se ejercitaron en tirar a un viejo gorro albanés. La diversion fué buena, habiendo gran rivalidad entre el Oriente y el Occidente. El mejor tiro fué, con gran contento mio, el de uno de mis hombres, jóven marinero de Trieste.

Regresamos con el morral vacío; pero de buen humor. El verde llano que atravesábamos recordaba las comarcas del Norte por lo espeso de sus bosques. El regreso tuvo lugar a la carrera: tambien en este ejercicio se mostraron mis marineros como viejos húsares por su animacion y su perseverancia verdaderamente cómica.

El tercer dia la caza fué a los becafigos. Atravesamos el pantano de los búfalos, y nos trasladamos al otro lado del lago, a una region en la cual las verdes colinas y las mesetas boscosas se suceden hasta llegar a las grandes montañas que se divisan en lontananza. Una de estas colinas remata en una aldea turca, y a ella nos condujeron los principales miembros de la comunidad cristiana.

Se nos apostó en breñales espinosos muy ricos en insectos; y hénos allí en acecho de los desgraciados, ó mejor dicho demasiado felices becafigos que debian llegar a posarse en las cimas que estaban sobre nosotros. A lo ménos era un espectáculo vivificador la vista de aquellos magníficos bosques formados por árboles seculares que cubren aquel país de tan rico porvenir.

Sentado muy a mis anchas en las malezas llenas de grillos y mariposas, gozaba yo el bienestar de un sabio aleman en la comida del domingo, y experimentaba aquella tranquilidad, tan propia para robustecer los nervios, que se siente en medio de la verdura,

cuando en los confines del sueño se observan todos los movimientos de la naturaleza con sentimientos de piedad infantil. Pero ni un solo becafigo. El grillo cantaba, el abejorro zumbaba; y es cuanto. Todavía estaríamos sentados en los breñales, si la vista de las sandías, de esas sandías tan frescas y azucaradas de que abunda el país, no nos hubiese atraído a la aldea. Decididamente habia un *jettatore* entre nosotros, ó mas bien estábamos hechizados por la vieja que habíamos hallado por el camino.

Nuestros albaneses, que eran insaciables, propusieron una caza a la liebre en el llano, en un bosque de abetos. Volvimos a montar a caballo con toda presteza y bajamos al valle: reorganizáronse las líneas de tiradores: por delante el estruendo de los tambores turcos y el ladrido de los perros: batidores de todas creencias y naciones vuelven al acecho; pero de liebre ni un rastro. Para mí era ya demasiado. Salto a la silla; dejo a la compañía que haga una segunda batida, y héteme en camino para la ciudad, con mi albornoz flotante como un príncipe del desierto; mi caballo sopla y roncaba, y de esta manera atravesé el extenso pantano, renunciando por largo tiempo a los placeres de la caza sin picadores.

En el puerto de Durazzo recibí la visita del bey, gobernador de Cavalia: larga cara de facciones duras, personaje mas grosero aún, mas tonto, si es posible, que los que lo habian precedido; pero tanto mas cordial, segun se dice.

Acercábase el aniversario del nacimiento de nuestro muy amado soberano. Resolví dar a este solemne dia el carácter de una fiesta nacional, y, por razon de las circunstancias, de una fiesta católica antes que todo. El P. Negri me habia contado que la residencia del arzobispo de Durazzo, Don Ambrosio, distaba doce leguas de allí, en Delbinisti, en las altas montañas. A consecuencia de las amenazas de muerte y de las violencias que habian ejercido contra él, lo habia recogido una antigua familia turca que lo tenia en cierta manera cautivo. La presencia de este prelado era necesaria para dar brillo a la solemnidad. Envié, pues, catorce cristianos montados y armados a Delbinisti, con mision de librar al desgraciado apóstol de su cautiverio, para devolverlo a su diócesis y a nuestra proteccion. El 17 en la tarde empezaron

los preparativos en la corbeta. Levantóse una amplia tienda sobre el palo de popa y el puente: banderas y gallardetes de diversos colores decoraban la parte superior y los lados; escudos con las armas de Austria circundados de grandes coronas de roble se hallaban dispuestos en simetría. Colocáronse sobre los cañones arpones de abordaje de los cuales partían guirnaldas de follaje y banderolas: todo esto iba a reunirse al centro de la tienda. Habíase plantado entre los cañones un bosque entero de tiernos robles que nuestros marineros fueron a buscar al promontorio. Al pié del palo de mesana se levantó un altar sobre un espacioso estrado: estaba adornado con lujo resplandeciente de plata y flores, y contenía una urna decorada de pinturas y rematada por una cruz de refulgentes diamantes. Sobre esta urna, en medio del altar, se levantaba un elegante baldaquino de seda purpúrea, sobre el cual flotaba el pabellon de la Santa Silla, con la tiara y las llaves de S. Pedro. Al pié del palo mayor, bajo un dosel formado por los estandartes del Austria, se había colgado la imagen coronada del Soberano circundada de un trofeo de armas y de emblemas marítimos. El conjunto presentaba un carácter de gravedad y de buen gusto, digno de la celebracion de una gran fiesta, y reunía el doble aspecto de una iglesia y de un salon. Todo se había preparado en algunas horas a fuerza de celo, de buena voluntad y de destreza.

18 de Agosto de 1853.

La fiesta empezó desde el alba con una salva de artillería en honor del emperador. Las baterías de la fortaleza repitieron nuestro saludo cuanto mejor pudieron, aunque con aliento un poco débil y sufocado. Nuestro gran pabellon de gala, de colores frescos y brillantes, flotaba alegremente en los aires. Todo lo que pertenecía a la corbeta se engalanaba apresuradamente con sus mas hermosos vestidos para el servicio divino, que era la ceremonia mas importante, y cuya hora se acercaba.

Una hermosa chalupa nos trajo a Don Ambrosio, el prelado salido de la cautividad, con un acompañamiento de cuatro ó cinco eclesiásticos. Innumerables barcas se acercaban con toda la poblacion cristiana; viejos y niños, hombres armados, matronas y mucha-

chas. Nuestra invitacion para la fiesta había sido acogida con regocijo. Dignatarios y pueblo, todos se agruparon entre los cañones y las verdes ramas de los tiernos árboles bajo la tienda abigarrada alumbrada por la luz amortiguada y misteriosa del sol. Era un cuadro del mayor efecto, en el cual se distinguían principalmente los magníficos trajes de las mujeres albanesas, los mas bellos del mundo, segun Lord Byron.

La joya de la reunion era la hija de Tedeschini, la sobrina de nuestro cónsul. Figuraos una jóven admirable, una cabeza antigua, un perfil griego de la mayor pureza, un color blanco y de una frescura deslumbradora, hermosísimos ojos negros dulces como los de una gacela, con una expresion de tristeza cual sombra de duelo que le cuadraba maravillosamente. Llevaba un túnico escarlata sembrado de los mas ricos y mas delicados bordados de oro, que le bajaba en anchos pliegues hasta la rodilla, con amplias mangas de seda blanca como la nieve y una elegante y ligera camisa que le abrigaba el seno: una basquiña bordada, ceñida en la cintura, caía sobre un pantalon de anchos pliegues de magnífica seda. Su cabeza estaba cubierta con un velo de religiosa, bajo el cual brillaban trenzas opulentas recogidas con adornos de oro; en fin, su encantadora persona estaba literalmente cubierta de una constelacion de diamantes. Este brillante traje es maravillosamente hermoso para sentarse sobre un divan, pero seguramente no sirve para ir y venir por la casa.

El arzobispo, terminados sus aprestos, volvió a presentarse en medio de los fieles, rodeado de su clero y con la mitra y el báculo. Dirigióse al altar que derramaba vívida luz, y comenzó el oficio pontifical. Era un consuelo espiritual que se le había negado desde su cautiverio. Leíase en la cara del digno prelado cuán feliz se hallaba en poder una vez mas cumplir sus deberes pastorales al abrigo de toda violencia. Parecía estar completamente libre y desahogado, y esto me causaba grande alegría. A la misa siguió la bendicion, y al estallido del cañon se entonó un *Te Deum* perfectamente cantado por nuestros jóvenes marineros alemanes, instruidos por el comisario de a bordo que es un músico consumado. Seguramente hacia largo tiempo que el servicio divino no había sido celebrado con tanto fervor y recogimiento.

Cuando concluyó, una ligera agitacion del mar obligó a una parte de la reunion a ganar la ribera. El arzobispo se retiró conmigo a mi camarote, y allí tuvimos una conversacion muy interesante sobre la triste situacion de la comunidad cristiana en Albania.

La capilla dispuesta sobre el puente se trasformó en un salon de fiesta. Dispúsose en todo el rededor del buque una mesa cubierta de plata labrada, de vinos de lujo, de vasos de flores, sirviéndola numerosos domésticos en traje del tiempo de Luis XIV.

Cuando estoy en el mar, entre la tierra y el agua, me gusta disponerlo todo de modo que forme contraste con la simplicidad de este elemento y pueda uno creerse en el corazon de una ciudad opulenta.

El prelado tomó asiento en el banquete a mi derecha. El cocinero en jefe, que conocia mi gusto, dispuso con arte una comida parisiense. Transportado súbitamente del seno de la cautividad y de una vida de anacoreta a un mundo en que reinaban la seguridad, la confianza y la alegría, el pobre arzobispo no sabia dónde estaba, y gozaba con reconocimiento de los bienes que Dios le enviaba. Cuando el champaña helado espumaba en las copas, me levanté y brindé por la salud del emperador. Las salvas de artillería resonaron, y toda la tripulacion, hasta el último grumete, cantó en coro el himno nacional, entonado por el comandante. Habia yo escrito las palabras la víspera, y nuestro doctor las habia puesto en italiano en la noche. Acaso era la primera vez que un canto popular se ejecutaba simultáneamente en dos lenguas. Su efecto fué arrebatador. Ese hermoso himno, cantado por tantas voces jóvenes y varoniles, y con tanta sinceridad y entusiasmo, tenia un carácter de grandeza que no podia dejar de producir su impresion en mis huéspedes extranjeros.

Cuánto mas no me hubiera conmovido si mi vista hubiera podido alcanzar a varios centenares de millas, franquear el mar y las tierras y ver lo que pasaba en aquel momento en las provincias de los Alpes. Aquel dia era para la persona misma del emperador, acaso el mas importante de su existencia. Rodeado de sus queridos padres y de toda su familia, mientras que mis votos se dirigian a él de léjos, él elegia, en la primavera de su vida,

una amable y dulce compañera. Más valia que yo no lo supiese, porque el pensamiento de no poder ser testigo de esta dicha naciente, me hubiera entristecido profundamente en esa fiesta consagrada al regocijo.

El digno arzobispo, que habia conquistado ya nuestra veneracion, se despidió de nosotros despues del banquete. La separacion fué cordial. Los cristianos albaneses le siguieron; pero los jóvenes de la tripulacion, animados por el champaña, se divirtieron todavía largo tiempo a la sombra del follaje y de los pabellones. Fué un hermoso dia, cuya serenidad nada turbó, y cuya risueña y preciosa memoria conservarán por mucho tiempo nuestros corazones.

Rada de Aulona, 20 de Agosto de 1853.

No hay iglesia católica en Aulona. El P. Negri es quien trae los consuelos espirituales al reducido número de fieles de este lugar.

Despues de haber despedido al bey, al cónsul Reinecke y a toda su gente *intra muros*, emprendimos nuestro camino hácia la costa, entregándonos a alegres chanzas y a toda clase de ejercicios ecuestres. Allí, para volver al buque, se empeñaron nuestras ligeras chalupas en una verdadera regata.

Como es natural, la victoria quedó por mi fino bote inglés, preciosa herencia de mi difunto amigo K\*\*\*: montado por los mejores remeros de la corbeta, cuatro hombres vigorosos y marinos consumados, volaba sobre las olas como un pez volador. Y sin embargo, hallaba yo, que a pesar de la victoria alcanzada, los picarones no habian remado con bastante viveza. Para castigarlos, hice que me pasearan de las doce a la una de la madrugada por la extensa bahía de Aulona.

Era una de esas noches misteriosas, como se ven en el mar cuando ningun soplo levanta las aguas plateadas por la luna y cubiertas por un ligero vapor como por un cendal mágico. Las montañas se ven mayores, la claridad de las estrellas aparece duplicada; el mas ligero movimiento del remo se repite de léjos en la superficie de las aguas: siéntese una especie de deliciosa inquietud, una impresion de soledad, y al mismo tiempo de independen-

cia y de confianza. Aun hoy día es un enigma para mis marineros el saber por qué su capitán emprendió esa excursión a la *hora de los espíritus*.

Habíamos oído hablar vagamente de un presente de vituallas que nos destinaba el bey; es un uso insoportable del Oriente, de que me quería yo eximir. Como Aulona, según había podido confirmar por mí mismo, no tiene importancia alguna, bajo el punto de vista de los intereses católicos, me hice a la vela el 21 muy de mañana, para volver costeando la Dalmacia. Brisa ligera nos alejaba ya, cuando vimos al ganado que el bey nos destinaba, llamarnos desde la ribera con sus balidos. Acaso este llamamiento aguaría la boca a más de uno; pero por lo que a mí tocaba, encantado estaba de romper todo lazo con la Albania.

Si este país es rico en esperanzas para el porvenir, en el presente solo es rico en decepciones, en materia de ciudades y de cacerías de jabalí.

## MAS ALLÁ DE LA LÍNEA

### CAPÍTULO TERCERO

1859 Y 1860

10 de Noviembre de 1859.

A un largo verano de dolorosa memoria había sucedido un suave otoño más parecido a la primavera que a la triste estación en que todo languidece y muere. Las rosas, las violetas perfumadas, los azahares de aroma embriagante, lucían aun en nuestra agradable residencia de Miramar, en donde vivíamos rodeados de fresca verdura y de las olas azules de la mar. Cuando menos se esperaba, el frío se anunció tristemente con una brisa glacial que sopló toda la noche. El viento Norte invadió nuestro pequeño jardín, derribando sin piedad nuestras flores y destruyendo nuestras ilusiones. Aquel invierno, de que íbamos a huir, turbaba los sueños de la última noche que debíamos pasar bajo nuestro techo, y nos perseguía con sus gemidos siniestros que parecen decir: *memento mori*.

Hubo en la mañana algunas horas de calma, justamente las necesarias para la partida. Mi querido Miramar se mostraba por última vez con toda la seducción de su hermosura meridional. Al nacer el sol, dí a toda prisa una vuelta por el jardín, corté las últimas violetas, dirigí la mirada por todas partes, y al fin, bajé la escalera de mármol del embarcadero, y me alejé en el bote con el corazón oprimido por una profunda melancolía.

Algunos instantes después, me encontraba á bordo de la *Fantasia*, pequeño buque de corte atrevido y ligero. Ya sus ruedas he-